Tomo 8 REPERTORIO AMERICANO Núm. 16

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 7 DE JULIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El humorismo de los hechos

(Fragmentos de una HISTORIA UNIVERSAL que acaso aparezca en el siglo XXII).

«DESCONCIERTA un tanto leer los diarios españoles e ibero-americanos del siglo XX con el objeto de escribir la historia de esos remotos y confusos días. No es menos ocasionada a perplejidades la lectura de las obras que nos han dejado en herencia los historiadores de la época. Se hablaba ntontonces en muchos tonos y con varia intención de un sentimiento o anhelo general, denominado ibero-americanismo. Para comprender bien aquella actitud de la prensa y de los eruditos importa no perder de vista que en aquellos días a los historiadores no les era tolerado hacer uso de la ironía, al paso que los periodistas, especialmente americanos, desconocían casi en absoluto el uso de las formas en que hoy suele hacerse presente el sentido del humor. La seriedad era condición necesaria y suficiente de éxito, aunque muchos la cultivaban sin miras interesadas, como si se tratase de la cosa en sí. Carecer de ella era estar condenado al irremediable fracaso.

»A los hombres del siglo XXII el problema ibero-americano nos interesa especialmente por la manera como fué comprendido por los hombres que lo planteaban o, mejor dicho, por las diversas y muy graciosas maneras que esos pueblos tuvieron de no entender el problema. En la infinita complicación de naciones y razas y en la eficacísima y limitada acción de los Gobiernos que hoy conoce el mundo es difícil leer los signos del pasado, y por esto la situación de los ibero-americanos a principios del siglo XX nos resulta casi incomprensible.

»Suponga el lector que había entonces en Ibero-América veinte Repúblicas de origen peninsular, estrechamente unidas a España y Portugal por sus tradiciones, su idioma, religión, costumbres, su noción general de la vida, sus gustos artísticos, no sin que existieran a un mismo tiempo marcadas semejanzas entre los dos grupos de pueblos por sus veleidades políticas y sus deficiencias administrativas. Pero más fuerte que todos estos lazos sentimentales o de carácter era una poderosa e irrestrañable corriente migratoria cuya sola existencia, casi ignorada de los Gobiernos, creaba vastos intereses de alcance material y político. Acaso no se ha visto antes en la historia un fenómeno semejante. Desde mediados del siglo XIX empezó a hacerse manifiesta la corriente de simpatía entre los peninsulares de ambos mundos. La franca amistad, la adhesión a la paz internacional de parte de las repúblicas americanas de origen ibérico no fueron interrumpidas en rigor más que una vez en el curso de cien años. La guerra entre el Brasil y el Paraguay, en que vino a verse mezclada la Argentina, fué la locura de un hombre que buscaba complicaciones con sus vecinos para cohonestar en el interior un régimen de barbarie. Su locura, por desgracia, se comunicó al pueblo. Las frecuentes disidencias armadas entre las Repúblicas Centroamericanas fueron siempre o casi siempre el resultado de luchas políticas internas, cuyos promotores buscaban en la complicación internacional una manera de prolongar el conflicto interior o de resolverlo en su propio beneficio. Nada comparable al desenfreno en la matanza de que han dejado testimonio las naciones situadas al oriente del Atlántico. Las guerras de Ibero-América no terminaban, salvo el caso indicado, con la usurpación de territorios ni con la imposición de humillantes condiciones al vencido para incapacitarle económicamente y del punto de vista militar. En aquellos países el sentimiento patrio era menos intenso que la pasión del partido. Fué por esta razón propicia por lo que allí se llevó a cabo, sin estremecimientos dolorosos, la obra de la unificación internacional, bajo cuyo amparo vivimos y cuya implantación costó en Europa tanta sangre.

»Existía, pues, según se ha dicho, un vivo sentimiento de fraternidad entre las Repúblicas americanas de origen peninsular y a un mismo tiempo entre ellas y los pueblos europeos con los cuales tenían lazos de sangre. Reconocían todas un peligro común, una amenaza constante en la República sajona del Norte, que, por diferencia de idioma, de raza y, sobre todo, por tener de la vida un concepto estrechamente materialista, estaba incapacitada para comprender a los pueblos del Sur, cuanto más para dirigirlos en la ruta de sus manifiestos destinos. De otro lado, en el primero y segundo siglo de su existencia los Estados Unidos habían ejercido el estrago y cumplido el despojo territorial en más de una de las Repúblicas del Sur. Estas naciones, como se ha dicho, carecían de ambiciones territoriales. Arreglaron sus diferencias sobre asunto de fronteras siempre o casi siempre por medio de árbitros; aceptaban toda invitación franca a formar Sociedades cuyo objeto fuera establecer la paz universal, y llegaron a formar un núcleo pacifista sin cuyo influjo habría demorado mucho más de lo que en efecto se ha demorado la pacificación del mundo. De cuando en cuando se promovían estudios o conferencias en busca de la mejor manera de reunir en grupos mayores algunas entidades políticas del Continente. Una vez lo intentaban las Repúblicas Centroamericanas; otras, Ecuador, Venezuela y Colombia; menos abiertamente se pensó alguna vez en reunir en un solo haz político las cinco Repúblicas libertadas por Bolívar. España miraba con agrado estas saludables tendencias a la unidad en la diversidad. Europa no tenía por qué desconfiar de pueblos eminentemente adictos a la paz internacional y necesitados de mayor población, no para expandirse a expensas de otros países, sino para realizar obras de adelanto, superiores al esfuerzo de una población escasa.

»Los Estados Unidos, que habían llevado a cabo la desmembración de dos grandes Repúblicas al Norte del Ecua-

dor, nunca miraron con indulgencia aquellas tendencias a la unión. Tampoco aceptaban la idea de garantizar por un pacto de aplicación universal los límites de cada nación en el momento de firmarlo. Les repugnó igualmente el pensamiento de uno de sus mandatarios, según el cual, a cada nación debía reconocérsele el derecho a disponer de sus propios destinos. Es fácil imaginar los propósitos que se escondían detrás de estas repugnancias y negativas. Sin embargo, ya desde 1889, las naciones americanas, accediendo al pensamiento de un estadista de Washington, convinieron en fundar una oficina central que sirviese de lazo anfictiónico entre pueblos de un mismo origen, de una raza común, de una sola o a lo sumo de dos lenguas ibéricas y de religión católica. Para realizar esta aspiración fueron a reunirse en Washington, la capital de un pueblo originariamente sajón, de idioma inglés, formado por una mezcla desconcertante de razas y pueblos y en su mayoría protestante. Allí se fundó la oficina de las Repúblicas Iberoamericanas, cuyos gastos eran sufragados a prorrata, y cuyo director era siempre un político de nacionalidad estadounidense. Es como si en 1913, el principio de la era fatal, hubiesen convenido Servia, Montenegro, Rumania, Grecia y Bulgaria en formar una oficina central de negocios balcánicos y la hubiesen localizado en Constantinopla bajo la providente y graciosa tutela de Enver Bajá. La comparación, sin embargo, es inadecuada en uno de sus términos. Turquía en esta hipótesis se habría visto obligada a olvidar usurpaciones territoriales recientes, en tanto que los agravios en el caso de las Repúblicas americanas procedían del país escogido como centro.

»A esto se agrega que, en el caso de las dos Américas, pugnaban la concepción idealista de la vida, característica del hombre del Mediodía, con la noción materialista de la existencia, de que ha dado pruebas el hombre del Norte. Los pueblos ibero-americanos buscaban, o a lo menos acariciaban, en el cielo del ideal, la unión de las Repúblicas en un solo grupo o en varias entidades de caracteres geográficos semejantes. A las ambiciones expansionistas de los Estados Unidos no podía interesarles la unión de los pueblos latinos, y éstos iban a Washington en busca de la mesa redonda donde había de afianzarse con el trato constante la comunidad de origen y aspiraciones. Es verdad, hace falta una chispita de humor para narrar tales acontecimientos. Las naciones americanas se reunieron en Washington en una especie de Club social cuyos miembros llevaban en secreto la consigna de ocultar los desgarrones que en sus ropas había hecho el desengaño. Cambiaba por esto, sin mucha gracia y con frecuencia, de nombre y de estatutos, la oficina ibero-americana de la ciudad de Washington.

»Solían celebrarse de cinco en cinco años o con intervalos más amplios, si era posible, conferencias panamericanrs en las diversas Repúblicas. No se sabe por qué razón se ponían espacios tan largos entre la celebración de una conferencia y otra. La sola razón que les ha ocurrido a los historiadores más perspicaces es la necesidad de procurar que se hubiese olvidado el fracaso de la anterior al empezar la siguiente.

»No terminan aquí, empero, los trueques inesperados y graciosos a que daban lugar aquellas conferencias. Una vez se reunían los delegados de todas las Repúblicas en Washington. En diez y ocho de ellas la lengua nacional era la española; en una, el portugués; en otra, el francés. Todas las delegaciones del Sur se entendían entre sí en cualquiera de estas lenguas o en inglés. El huésped, el dueño de casa que recibía a las otros naciones, insistía en hablar inglés solamente, y mantenía esa actitud con solemnidad un tanto divertida. Otra vez se reunían en la capital del Brasil, y si allí un delegado de nación desmembrada por los Estados Unidos pedía que se sometiese el agravio a la consideración de los presentes, resultaba que tal asunto no hacía parte del programa elaborado en Washington para la Conferencia.

»El año de 1923, especialmente memorable, la Conferencia tuvo por sede a Santiago de Chile. Conviene advertir que en este caso la seriedad de los delegados y de las cuestiones propuestas fué absoluta, contagiosa y fecunda como Arimanes. Se trató del desarme. Era de esperar, aunque el sentido de la coordinación no predomina en esta clase de Corporaciones, que los Estados Unidos, mediante cuya iniciativa habían sido mermadas las marinas de guerra de algunas grandes potencias, hicieran uso de su autoridad, de su papel de oficina central de las naciones iberoamericanas, para llevar a cabo el desarme del Continente. Sin embargo, cuando surgió la diferencia entre las naciones más pobladas del Sur, la Delegación de los Estados Unidos calló obstinadamente, sin ignorar de fijo que una palabra suya en favor del desarme habría apaciguado el naciente incendio. Mas en esta ocasión era oportuno guardar silencio para que se mantuviese, si existía, la rivalidad entre esas naciones o para crearla, si ya no estaba actuando. En realidad no mediaba animadversión entre esos países, como lo demostraron más tarde las circunstancias, en el viaje de un buen argentino, sin carácter oficial, a Río de Janeiro. Un concienzudo y sincero periodista pudo más en un discurso de sobremesa que una Delegación equipada con todos los poderes y prerrogativas necesarias para asistir a una conferencia internacional. Esto no es absurdo, sino profundamente humano. A los Estados Unidos les convenía por entonces que las naciones del Sur tuvieran siempre cuestiones pendientes o competencias espinosas por allanar. El perfecto acuerdo entre aquellas naciones, su posible reunión a un concierto de intereses y sentimientos con los países europeos, de quienes recibieron las bases de su cultura, eran perspectivas que no podía contemplar con excesiva benevolencia la República del Norte. Es natural y humano que a los Estados Unidos les inquietase la creación de otra gran potencia en territorio americano. Y con todo esto es la capital del Distrito de Columbia donde van a congregarse los que buscan sinceramente la unión de las Repúblicas latinas en el Continente.

»El humor inconsciente de esta organización solía manifestarse menos en sus decisiones que en sus propósitos. Entre los puntos sometidos a la consideracion de la V Conferencia figuraba la celebración de un Convenio sobre propiedad literaria. Una conferencia de donde estaban ausentes España y Portugal iba a fijar los principios sobre los cuales debía de basarse la protección de los escritores de lengua española y portuguesa. En aquella Conferencia se discutió la manera y la importancia de fijar una terminología marítima. Era la intención de los Estados Unidos que aquel trabajo se hiciera sin la cooperación de los pueblos donde primero se hablaron tales lenguas, y cuya acción histórica en los mares ha fecundado la terminología náutica de las lenguas cultas de Europa y Asia. Por último, al tratar de regular la nomenclatura para las tarifas aduaneras, tampoco se pensó en que Portugal y España, interesados por razones de idioma y por estrechos vínculos comerciales en la fijación de esos términos, pudieran suministrar consejo atendible. Por este camino se iba derecho a la idea de reunir en Washington un Consejo de periodistas sur y norteamericanos, presididos por Mr. Dooley para preparar ediciones completas de los diccionarios de autoridades destinados al uso de los pueblos que hablan portugués y español. A no haber mediado ciertas transformaciones políticas y sociales a fines del siglo xx, es probable que la fonética de la lengua española se hubiera fijado en Minneápolis y la sintaxis portuguesa en las aulas de Princeton. No fué sino en 1950 cuando empezó a hablarse en tono plausible de hacer a Madrid y a

Lisboa alternativamente las sedes adecuadas de la Oficina, Congreso u Hogar Central de las Repúblicas Iberoamericanas.»

B. SANIN CANO

(Es copia conforme).

(La Esfera, 15-III-24, Madrid).

DIVAGACIONES

Miratondo

AISLADO en esta isla por pesimista—«hay que aislar a los pesimistas», que dijo el otro—, ¿qué mejor puedo hacer que apacentar mi espíritu en la lectura de aquel que fué el maestro supremo del pesimismo transcendente y poético, del pesimismo creador? Claro está que me refiero a Leopardi, que con su pesimismo levantó el alma de su patria y contribuyó, como el que más, a fraguar la conciencia de la nueva Italia.

Me he puesto a leer los *Paralipómenos de la Batracomiomaquia*, aquella continuación del poemita satírico, «puesto bajo el nombre de Homero, en que se cuenta la batalla entre las ranas y los ratones, y cómo vinieron los cangrejos en ayuda de aquéllas, de las ranas. Porque los cangrejos tienen que ayudar a los anfibios.

Ya en el canto primero del poema leopardiano—escrito en octavas reales, como los de Ariosto y el Tasso—aparecen los derrotados ratones corriendo a todo correr, perseguidos por los cangrejos, y entre ellos Miratondo.

«Había pasado la hora, y en el día segundo empezaba ya a ponerse obscuro el aire, cuando un guerrero, llamado Miratondo, se encontró huyendo por una altura, y, o fuese atrevimiento o bien que en el mundo el miedo es vencido por el cansancio, detúvose, y acostumbrado a espiar levantó el hocico el primero de su linaje. Y erguido sobre los pies, con los ojos fijos, mirando cuanto podía a lo lejos, por aquí, por allá, por todos los cuatro vientos, buscó el agua y la tierra, el monte y el llano; espió las selvas, los lagos y las corrientes, las extensas campiñas y el Océano, y no vió otra cosa extraña sino mariposas y muchas avispas que erraban allí abajo, por el valle».

Hay en estas dos preciosas estrofas rasgos fuertemente significativos, poéticos, desde aquello de que Miratondo «se encontró huyendo por una altura»,

a fuggir si trovo per un'altura

que así suele ser; que el fugitivo, en una derrota, se encuentra huyendo y acaso se sorprende de su huída. ¡Oh, fatalidad!

Pero se detuvo, o fuese valor o que en el mundo vence el cansancio al miedo,

ed o fosse ardimento ovver ch'al mondo
vinta della stanchezza e la paura.

Veis a uno que corre, que corre, que parece devorar suelo, que marcha a la conquista de una fortaleza o de un reino, y corre de miedo. Aunque parezca avanzar hacia el enemigo, que a las veces—lo dijimos en *Paz en la guerra*—se huye hacia adelante. Corre y corre, y más corre, y en rigor corre de miedo, y de pronto se para. ¿Por valor? No, sino porque el cansancio ha vencido al miedo. El cansancio es más fuerte que el miedo. Y los cobardes vestidos de bravucones, los que corren para aturdirse con la marcha y con el ruido de los pasos—suelen llevar cascabeles y hasta cencerro para hacer más ruido con la carrera—, esos se cansan pronto. Porque la fatiga no es cosa del músculo, sino que es cosa de la sangre y del corazón y del cerebro. Sólo la inteligencia es la que no se cansa. Y es una leyenda lo de la fatiga mental. Leyenda forjada por los que son incapaces de ponerse a pensar.

Levantó luego el hocico Miratondo, el primero de la casta de los ratones que lo levantó, e irguióse sobre sus dos pies traseros, y se puso a mirar. Con ojos de ratón detective, Miratondo, el policíaco, vencido el miedo por el cansancio, se puso a mirar, a descubrir enemigos de la patria ratonil, de Zopaia. Y ¿qué vió? Mariposas y avispas que erraban por el valle. No vió cangrejos ni cangrejillos, ni indicio alguno de armas hostiles, y «estaba el cielo sin nubes, y rubicunda la parte occidental, y el mar sin ondas». Como éste que tengo a la vista. Y sintióse reconfortado y recobró ánimo Miratondo.

Miratondo no temía a las mariposas ni a las avispas. Menos mal. Porque hay ratones que temen a las mariposas más que a los cangrejos, a los gatos o a las comadrejas. Hay bravos ratones para los cuales la bestia negra es una mariposa. Antójaseles que la mariposa, en sus giros y revoleteos, se está burlando de ellos. Y atribuyen a los arabescos volátiles de las mariposas, a sus revoleteos, el que tengan que huir, ¡oh, fatalidad!, ante los cangrejos. Son las mariposas las que les distraen y la distracción trae el pánico.

El bravo Miratondo se detuvo en su huída y «osó llamar a sus compañeros héroes». ¡Oh, heroicidad ratonil! Y le oyeron sus compañeros héroes, los heroicos ratones de la huída, con tanta alegría como los diez mil de la retirada con Jenofonte oyeron gritar: «¡Mar! ¡Mar!»

¡Ah, y cómo se comprende aquí el grito maravilloso de los griegos errantes por el Asia Menor!: «¡Mar! ¡Mar!» Y acaso mejor: «¡La mar! ¡La mar!» La mar, en femenino, y no el mar, en masculino; la mar materna.

¡La mar! ¡Esta mar maravillosa que ciñe a Fuerteventura, y en cuyos brazos, mientras sonriendo nos canta el canto eterno de cuna, es tan dulce leer el sonriente poema del maestro en pesimismo!

MIGUEL DE UNAMUNO

Isla de Fuerteventura,
y abril de 1924.

(La Libertad, Madrid).

UN EPISODIO INTERESANTE

Muy antiguo y muy moderno

DECIMOS que no pasa nada... ¡Cuántas cosas han ocurrido en el mundo desde 1914! Esta generación ha presenciado en una década lo que apenas cabría en un siglo. Tenemos de ello la intuición sensible viendo a nuestros hijos estudiar sus lecciones sobre un mapa de Europa, que ya en nada se parece al que nos quedó grabado en el recuerdo desde nuestros años escolares. Este, el de hace apenas un decenio, ¡resulta ya tan remoto como en nuestra mocedad lo hubiera sido una antigua carta geográfica del siglo XVIII... En lo espiritual, por otra parte, el cambio no ha sido menos rápido ni menos profundo...

Estas o parecidas reflexiones se hará, sin duda, el viejo obrero James Brown al salir del histórico palacio de los Estuardos, en carroza de gala, con regia escolta y entre salvas de artillería, para dirigirse a la Asamblea de la Iglesia de Escocia.

Singular es el caso, a la vez pintoresco y significativo, y por algo la prensa de todos los países lo recoge y lo comenta. Quizás constituyó para el Gabinete Mac Donald un pequeño e interesante problema, resuelto en Consejo de ministros con la grave seriedad y la delicadeza práctica propias del temperamento inglés.

Se trata de que S. M. el rey Jorge

V, como natural protector de la Iglesia de Escocia, debía nombrar, según usos venerables, un lord alto comisario que presidiese, en su nombre, las sesiones de la religiosa Asamblea.

¿Qué hacer? ¿Aconsejaría el Gobierno laborista al monarca que dejara, por esta vez, de designar representante? Esto hubiera sido contrario al espíritu británico. La fe pertenece al mundo interior; es cierto. Pero una organización eclesiástica externa, influyente, poderosa, conviene que esté intervenida y patrocinada por una discreta presidencia del Estado. Y, sobre todo, el pueblo inglés, con un hondo sentido de la continuidad histórica no quiere nunca, sin absoluta necesidad, romper con una tradición.

Cabía nombrar para el cargo a un miembro de la aristocracia escocesa. Tal venía siendo la práctica desde hace siglos. Mas ésta no era tampoco una solución aceptable para un Ministerio que se llama *laborista* porque ha hecho del trabajo el blasón de la moderna nobleza, y que, al gobernar con el rey, aspira, no a rasgar ninguna de las viejas vestiduras, pero sí a poner bajo cada una de ellas el alma de un hombre nuevo. Si sería una revolución disolver allí la Alta Cámara, es otra revolución, de tipo diferente, hacer entrar en ella representantes socialistas envueltos en el manto de grana y armiño de los pares de Inglaterra.

Mac Donald ha resuelto el problema nombrando lord alto comisario de la Iglesia de Escocia a un anciano trabajador de las minas, Jaime Brown, cristiano sincero, probado militante del laborismo. Un hombre en cuya conciencia se funden la moral idealista del Evangelio y la rebeldía social de la emancipación obrera.

En cuanto se anunció esta designación, llovieron los periodistas en el pobre hogar del viejo minero... «¿Y tendrá usted en el Palacio su tradicional *levée*, como un rey?...» «¿Por qué no?—les contestaba Brown—; daré mi recepción matinal con toda la debida solemnidad, acogiendo el simbólico homenaje de los grandes señores y altos dignatarios de Escocia. A mi mujer, la compañera de treinta y tantos años de vida penosa, le costará un poco más acostumbrarse. Pero nos avendremos a todo el ceremonial: guardia, carroza, damas de honor... Demostraremos que un obrero puede hacer las cosas tan bien, con tanto decoro, con tanto respeto de los antiguas tradiciones como cualquier aristócrata... Y luego, cerrada la Asamblea general, dejaremos el real Palacio de Holyrood y volveremos a esta pobre casa, por la que pago diez libras esterlinas al año...»

Interesante—¿no es verdad?—este episodio de la política contemporánea. Murat, mozo de cuadra, llegó a ser rey de Nápoles, y aún cuentan que hizo colocar con orgullo bajo el dosel del trono el látigo del oficio, como recuerdo de su humilde origen. Pero no estaba dispuesto a empuñar de nuevo la fusta y retornar a las caballerizas. ¡Con qué austera dignidad, en cambio, regresará mañana a su casuca, que le cuesta sus buenos seis duros mensuales, el minero James Brown, después de haber residido en ese Palacio de Edimburgo, por el que todavía vagan las regias sombras de María Estuardo y de Carlos X! La mina o el solio, ¿qué más da? No hay oficios nobles y oficios serviles. Hay sólo una manera noble—o una manera servil—de desempeñar una función social cualquiera.

No menos interesante resulta el episodio considerándolo desde el punto de vista religioso. ¡Qué lejos están muchos todavía de la delicada espiritualidad que supone! Casi inconcebible nos parece el caso, mirado desde este país, donde la Iglesia oficial se opone a la íntima libertad de la conciencia, y, a la vez, aliándose con todas las fuerzas reaccionarias, lucha contra la libertad política. Aquí, en las naciones latinas, la religión es una potencia conservadora, y el sentido avanzado suele contentarse, en ese terreno, con un agnosticismo muy próximo al ateísmo.

La Humanidad, sin embargo, no parece marchar hacia una concepción laica de la vida. «Ni laicismo ni dogmatismo», podría ser su fórmula del porvenir. ¿Qué cosa entonces? Una honda, libre, viviente religiosidad, todavía borrosa en el mundo; pero que ya alienta en las almas mejores. Mac Donald, por ejemplo, es un cristiano que lee y explica públicamente la Biblia. Su obra de Gobernante práctico, prudente, realista, toma toda su fuerza interior de un último fondo de misticismo. Es esa una religiosidad, no conservadora sino dinámica, hecha de eterna inquietud y de anhelo infinito, que procura, empero, no romper brutalmente las formas del pasado ni herir el candor de las almas sencillas, y hasta mantiene las poéticas ceremonias seculares, las recepciones de Holyrood y los históricos indumentos, con aquella piadosa condescencia y cordial respeto con que el propio Jesús tocaba la caña resentida, para que no se acabase de quebrar, y la antorcha humeante, para que no se llegase a extinguir...

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

Algo respecto a **indianismos**

En el segundo de sus interesantes artículos *Sobre dialecto argentino*, el filólogo español don Américo Castro menciona como típicos, a juzgar por la preferencia, los cinco *indianismos* siguientes: *bagual*, *baquiano*, *chancho*, *llapa* y *macana*.

Si hemos de entender por indianismos «vocablos procedentes de las lenguas de indios americanos», creo que el asunto vale la pena de algunas observaciones, sin la menor intención polémica, desde luego, y sólo a título de contribución.

Llevo muchos años de estudiar el castellano y sus etimologías, con resultado poco americanista, a decir verdad; o sea con progresivo hallazgo de orígenes peninsulares, especialmente bajos latinos y arábigos. Por donde nuestro castellano resulta mucho más español de lo que parece. Vaya esto de paso, como respuesta, a la numerosa gente que me considera hispanófobo porque no repico el tarro en las procesiones de la raza y otras quimeras de aturdir, o sea de ahuyentar en efecto las cosas serias cuya indagación reportaríanos el alumbramiento de un tesoro común. Que en esto consiste la única verdadera y posible reunión, por ser ella cosa espiritual, no política ni biológica.

Bajo tales conceptos, creo poder sostener que las voces mencionadas por el sabio español, no son indianismos seguros, con excepción de una: *llapa;* que la voz *macana* es dudosa, y que *bagual*, *baquiano* y *chancho*, son castellanas. Vamos a verlo.

A semejanza de muchos americanismos que tengo estudiados en mis artículos anteriores *(Voces americanas de procedencia arábiga)*, *bagual* resulta de una confluencia bajo latino-arábiga tan convincente como interesante.

La primera fuente es el provenzal *bagás*, *bagat*, que a su vez proviene del latino *vagans*, vagabundo, el cual, en romance primitivo, había hecho ya *bagau*. En la Galia romana, llamaban *bagaudae* a los esclavos prófugos. La metátesis *gual*, procedería de la caída del *ae* sufijo, porque la *d* conviértese fácilmente en *l;* y la transformación de la *v* en *b*, fué corriente desde los tiempos clásicos.

Pero acá interviene la decisiva voz arábiga para precisar la fonesis y la acepción de *bagual*, caballo arisco, cerril.

Mula y mulo, son, respectivamente, en árabe, *baglat* y *bagle*. En Argelia dicen *baglá* cuyo plural hace *bgal*. Y en Marruecos, lo que es decisivo, *begal* y *bagal*.

Si se tiene presente que el mulo es el más indócil de los equinos domésticos, la aplicación genérica, reforzada por el bajo latino *bagau*, sale completa. La acepción más corriente de *bagual* es la de animal reacio a la captura.

Corresponde a D. Daniel Granada, en su *Vocabulario Rioplatense*, el estudio suficiente de la voz *baquiano* cuya filiación castellana no es, desde entonces, dudosa.

Lo más importante que de ello conviene recordar, es que las voces *baquía* o *vaquía*, y *baquiano*, *vaquiano*, úsanlas «de antiguo en Santo Domingo, Méjico, Guatemala, Nueva Granada, etcétera». Además de en el Río de la Plata (Granada *loc cit.)*; lo cual desvanece toda suposición de *indianismo*.

Dada la incomunicación de las secciones americanas durante la dominación española, los vocablos indígenas no se generalizaron en ellas; de suerte que el empleo de una voz en varias, sobre todo si se hallaban muy distantes, es seguro indicio de su origen peninsular.

Corroboraríalo aún el hecho de andar la palabra en el Brasil, donde es corriente; pero existen la etimología y el texto necesarios para precisar sin vuelta la filiación.

El mismo Granada (art. *baquiano)* cita un pasaje de Mateo Alemán, mencionado a su vez por don Zorobadel Rodríguez en su *Diccionario de Chilenismos* (art. pertinente) y conforme al cual la voz existe corriente en el *Guzmán de Alfarache;* es decir en el castellano literario de los fines del siglo XVI. El texto es importante, porque Alemán publicó su novela antes de su viaje a Méjico.

La Academia, que registra la voz como castellana, atribúyele de origen el bajo latino *vacanius*, conductor; mas, como no menciona sus fuentes, esto queda bajo su responsabilidad. Cándido de Figueiredo en su *Nove Diccionario da Lingua Portuguesa*, escribe *vaqueano*, y atribuye secamente: *de vaca*.

Me parece que éste debe ser efectivamente el origen. La numerosa posteridad bajo-latina de *vacca* que, naturalmente, hizo *baca* y *bacca*, suminístranos *vaccarius*, vaquero, que con la mayor facilidad pudo dar el *vacanius* académico. Así, de *baca* derivó ya a mediados del siglo XIII, *bacaná*, campo de pastorear vacas (Ducange, *Glosario)*. Añadiré que no se ve lengua indígena difundida, como la quichua, por ejemplo, de la cual pueda proceder *baquiano*.

En cuanto a *chancho*, es también cosa dilucidada. El *Diccionario de Chilenismos* de D. Manuel Antonio Román, años de 1908-11, registra (art. pertinente) el texto clásico que comprueba su origen castellano, y que es un trozo del *Viaje Entretenido* de Agustín de Rojas (lib. IV, 5º romance octosílabo) digno, por cierto, de la cita:

> Este gentil animal
> que ha dado, cierto sabemos,
> a más de algún rey de España
> su natural nombre mesmo.
> Y a algún necio le ha pesado
> porque le han llamado puerco.
> Y a éste el mucho honor le daña
> como indigno de tenerlo.
> Quien su nombre da a los reyes
> y con él honra a los reinos
> ¿de qué se afrenta, sepamos,
> si no es por no merecello?
> Pues Sancho, puerco o cochino
> todo es uno, aquesto es cierto;
> y deste nombre de Sancho
> ¿cuántos reyes conocemos?

Y el Sr. Román añade:

«Adviértase que esta es una de las obras clásicas españolas y que su primera edición se publicó en 1604. Pues bien, si ya entonces, en España, Sancho, puerco o cochino todo era uno, lo mismo tenía que suceder en América, a donde vino aquel cuadrúpedo traído por los conquistadores. Sin embargo, nosotros no respondemos sino de Chile. Aquí, de Linares al Sur (y es cosa corriente) los campesinos llaman todavía *sancho* al puerco, y sólo cuando toman esta voz como insulto para una persona, pronuncian *chancho*».

La voz *macana* ofrece una probable híbrido bajo latino arábigo, del mayor interés.

Usada en toda la América latina actual, y por casi todos los cronistas desde el primer tiempo del descubrimiento, esta difusión excluye la procedencia indígena.

Efectivamente, en bajo latín, las voces *macha* (pronunciabase *maca*) y *macque*, significaron clava. Bajo la acepción de espada *(machaera* en griego y en latín) la baja latinidad de España ofrécenos la forma *macana* desde mediados del siglo XIII, evidente derivado de *maza*, que concilia todas las acepciones. La frecuente caída de la vírgula en la cedilla de las copias, es causa común de alteración fonética; por más que bastaba la citada *macha* (maca) cuyo derivado, por medio de la desinencia *na*, también frecuente en nuestro idioma, es *macana:* garrote, clava, porra, palo, espada de madera. Todavía en Leguina (*Glosario de Voces de Armería*, art. pertinente) hallamos la forma *macara*, más naturalmente tránsitiva aún, tomada de la *Historia de Galicia* de Verea y Aguilar, y aplicada a cierto puñal antiguo.

Véase ahora la posible concurrencia arábiga.

El palo ganchudo con que se recoge el *dsherid* o bastón arrojadizo en el juego arábigo de este nombre, recibe el de *makâlat*. La empuñadura del arco es, en árabe, *maakal*, y el verbo mantener: tener con firmeza, es *makkana*.

Casi todo el pretendido *dialecto argentino* es, así, buen castellano, y aun del mejor, como que se trata del castellano de la Conquista: el idioma de los héroes, no atildado todavía por el humanismo. De ahí las diferencias actuales con el idioma peninsular, o español propiamente dicho.

No hay, pues, tales dialectos, sino, para bien de todos, un solo y magnífico idioma, que al ser el verbo de veinte naciones, sin contar sus vastas zonas de influencia en la Europa Oriental, Asia y Africa, constitúyenos desde luego uno de los más vastos imperios espirituales.

Toda limitación, consista ella en el dominio metropolitano, perfectamente quimérico, por lo demás, o en la autonomía comarcana de un mal entendido patriotismo, arriesga el malogro de tan precioso bien. La verdadera obra superior consistiría en iniciar cuanto antes el balance científico del tesoro.

LEOPOLDO LUGONES

(La Nación. Buenos Aires).

Organización Internacional del Trabajo

Misión de España y de los países de la América Latina

Me voy con el corazón repleto de magníficos recuerdos después de este viaje a España, durante el cual he podido admirar algunos de los esplendores artísticos de este bello y antiguo país. ¡Jornada de Toledo! ¡Mañana de El Escorial! ¿Por qué he de enumerar después de tantos viajeros las emociones magníficas que me han producido?

Vine a Madrid con el objeto de extender aún más el conocimiento de nuestra Organización Internacional del Trabajo, para agrupar a su alrededor las amistades necesarias y para estimular las simpatías. Durante mi estancia en esta capital he recibido la mejor acogida en Institutos palpitantes de vida, gozando de una amplia autonomía, en pleno desarrollo, libres de formalidades burocráticas y capacitados, por esta causa, para prestar-

nos un precioso concurso de inteligencias y de energías.

He podido cumplir el triple programa que nos impone el carácter tripartito de nuestra institución. He visitado a los miembros del Gobierno. He sido recibido por los representantes de los patronos. Y en la Casa del Pueblo me acogieron los delegados de las organizaciones obreras. De modo que la Oficina Internacional del Trabajo es en España una entidad realmente viva, no sólo para aquellos que van como delegados a las Conferencias, sino también para aquellos otros que nos envían sus mandatarios.

He encontrado medios ardientes y llenos de fe. Y tengo la seguridad de que, a pesar de las crisis económicas o políticas que estamos sufriendo internacionalmente, puedo contar con el apoyo de los amigos españoles.

Desde hace ya algunos meses, publicamos en Madrid la revista *Informaciones Sociales*. Esperamos que nuestro viaje despertará algunas simpatías más. La excelente publicación que dirige nuestro corresponsal Fabra Ribas cultivará estas simpatías y desarrollará la colaboración necesaria.

Ahora bien: la obra esencial, aquella hacia la cual se concentran todos los esfuerzos, todos los estudios y todas las iniciativas de la Organización Internacional del Trabajo, es la de ratificación de los convenios internacionales, ya que el número de convenios ratificados representa siempre el éxito alcanzado por nuestra labor. No necesitamos recordar, como lo hemos hecho en nuestros informes oficiales, las dificultades que se oponen a nuestro paso. Aquí los textos legislativos parecen estar en desacuerdo con los textos de los Convenios. Allá nuestras interpretaciones son tenidas por demasiado rígidas. Acullá los conflictos sociales se han desarrollado de un modo tal, que la ratificación no se cree momentáneamente posible. En una parte, la situación política crea los obstáculos. En otra, los inconvenientes proceden de la concurrencia de otros países.

Pero si todo eso es cierto, también lo es la tenacidad de nuestro esfuerzo. Todos esos problemas, todas esas tormentas pueden impedir la floración de las semillas lanzadas por las conferencias internacionales. La primavera llega. Y un día estará maduro el fruto. En algunos países llegó ya la hora de la recolección. Hace pocos días, el Gobierno polaco me entregó las ratificaciones de 13 Convenios de 16 que existen. Esto indica cuánto podemos alcanzar aun en aquellos países donde la industria se desenvuelve todavía penosamente, en medio de tantos peligros como la amenazan.

En España sólo se habían ratificado dos Convenios hasta ahora: el Convenio del paro que prohibe las Agencias de colocación particulares y que prescribe la creación de oficinas de colocación públicas y gratuitas, es decir, que convierte la obra de la colocación en una misión social; y otro Convenio, el de la maternidad. Muchos países han retrocedido ante esta ratificación. Temían recargar sus presupuestos de gastos. España, en cambio, ha creído que no existía obra de solidaridad humana más urgente que ésta. Y al adherirse a este Convenio se ha comprometido a establecer un descanso de seis semanas antes y seis semanas después del alumbramiento y a asegurar a las obreras momentáneamente privadas del salario una indemnización conveniente.



ALBERT THOMAS

Director de la Oficina Internacional del Trabajo

(Visto por FRESNO)

El Gobierno nos ha entregado estos días cinco ratificaciones nuevas. Una de ellas se refiere a la prohibición del empleo de la cerusa en la pintura en el interior de los edificios y reglamenta los demás trabajos en que se emplea dicho producto. Agradezco profundamente a España esta adhesión, porque había países productores de plomo que se habían levantado contra la idea de este Convenio, temerosos de que se perjudicase su industria nacional. Se habían producido violentas discusiones, llegando a acusarse a la Oficina Internacional de Trabajo de querer servir los intereses de los países productores de zinc contra los de los países productores de plomo. España, que produce plomo, no ha prestado atención a esta campaña, y ha pensado que la prohibición determinada por el Convenio no causaría graves daños a los productores. Y lo que es más importante: ha pensado, como la Organización Internacional del Trabajo, que, aun causándose un perjuicio parcial, no debían ser defendidos los intereses de los productores en todos sus privilegios a costa del sacrificio de las vidas humanas.

Otras cuatro ratificaciones han sido firmadas. Se refieren todas ellas al trabajo marítimo, fijación de la edad para la admisión de los niños en los trabajos marítimos, indemnización a los obreros marítimos en caso de naufragio, examen médico para ser admitido en los trabajos marítimos y límite de edad para el trabajo en las calderas de los buques.

España tiene una marina mercante de importancia. En Génova, los que representaban sus intereses marítimos examinaron con gran atención las posibles repercusiones que tendrían los Convenios que iban a votarse. Vacilaron, como Inglaterra, a comprometerse en una reglamentación atrevida de la jornada de trabajo a bordo; pero, en cambio, votaron, ya sea en Génova en 1920 o más tarde en Ginebra, en 1921, todos los Convenios encaminados a proteger al marino contra el paro que resulta de los accidentes de su profesión, y, sobre todo, a proteger a los niños y a los jóvenes contra los abusos que pueden resultar de un empleo prematuro o excesivo en los trabajos marítimos. Al votar estos cuatro convenios, España establece una especie de Código del trabajo de los niños y los adolescentes.

Quedan todavía Convenios importantes que convendría votar en favor de la protección de los obreros de la industria y el comercio. He recibido la seria promesa de que el Convenio sobre el descanso semanal no tardará en ser ratificado. Esta ratificación me satisfaría aún más que las anteriores. Se trata de un Convenio de tal amplitud, ha de aplicarse a tan considerable número de obreros, representa en la vida familiar y colectiva una reforma de tal alcance, que semejante ratificación será considerada por nosotros como un verdadero éxito y como una garantía del porvenir.

Finalmente, España acaba de ratificar otro Convenio que parece no ser importartante, pero que tiene un grandísimo interés para el porvenir de la Organización Internacional del Trabajo. Me refiero a la reforma, votada por la Conferencia, del art. 393 del

Tratado de Paz. El objeto de la reforma puede enunciarse en pocas palabras. Cuando esta reforma haya sido ratificada por las tres cuartas partes de los Estados miembros de la Organización, tendremos en el consejo de administración 32 miembros en lugar de 24. Esto representa la posibilidad de asegurar una representación directa en dicho consejo con un mayor número de Estados. Con frecuencia se ha lamentado que algunos Estados extraeuropeos no hayan podido estar representados en las sesiones del Consejo. De hoy en adelante, la representación será más numerosa. En vez de una representación alterna de Chile y la Argentina en el Consejo de administración, podrán formar parte de éste representantes de dos o tres Estados de la América latina.

Varias veces, en mis discursos o en mis conversaciones, he tenido ocasión de decir, en Madrid, el interés primordial que concedo al desarrollo de nuestras relaciones con los países latinos de América. Son grandes Estados de pensamiento y de tendencia democráticos. Estados donde la industria nace y se desarrolla con intensidad inaudita. Estados donde los problemas sociales empiezan a plantearse claramente. Mejor que otros, podrán aprovechar nuestros esfuerzos; mejor que otros, pueden aportar concursos vivos y energías juveniles al seno de la Organización Internacional del Trabajo.

Esto es lo que ha comprendido España al dar el ejemplo de la ratificación de la reforma del artículo 393. Para nuestras organizaciones es la puerta abierta por la cual saldremos para dirigirnos hacia los grandes países de la América latina.

ALBERT THOMAS

(*El Sol*, Madrid).

Pío Baroja

No tenemos miedo a los literatos que han asesinado al padre, como contaba Baudelaire. El ogro fue siempre poco fotogénico y es por esa razón tan sólo por la que nos da miedo un hombre cuyo nombre leemos con frecuencia y cuya efigie no conocemos, en esta época de «persuasión» por la imagen. Si todavía no lo han fotografiado, es que no debe existir. Y si este hombre nos ha llamado en la noche por nuestro nombre, la inquietud que en nosotros despierta puede parecerse al terror. Este es el caso de Pío Baroja. No habíamos visto nunca su retrato. Conocíamos sus hoscas novelas donde hay algo de ceñudo que no posee el paisaje vasco, pero que es vasco, sin embargo, y que tal vez esté en la arquitectura de la lengua; que chisporrotea y no arde de verde que aun está. Le daba a esos estudios de caracteres el corte dramático e insurrecto del dolor que dura toda la vida frente al placer que dura sólo un instante. (He leído ayer noche a Oscar Wilde).

Pío Baroja, para llamarnos desde la caverna en que lo habíamos alojado, desconociéndolo, nos gritó en *Juventud, Egolatría* con una acritud que, por lo intensa, debía dejarlo desarmado al cumplir su deso. Nos había dicho todo lo que le pesaba sobre el espíritu, tal como el padre que amonesta a su hijo y lo hace sin rencor y sin envidia, y que luego queda contento por haber cumplido una tan dura misión.

—Uno debe ser a veces duro para los que quiere bien—me dice Pío Baroja. Y me recuerda a mi padre, vasco como como él. Por eso le doy la razón. Los vascos que han trabajado siempre,



PÍO BAROJA

aun en la Edad Media, cuando la Europa era una cueva de malhechores, no tienen pudor para decir lo que piensan, ni ocultan con eufemismos los hechos. El lenguaje éuskaro no está poetizado todavía y hay palabras que en la boca de los vascos fuertes parecen piedra de honda.

Yo no le pido a Pío Baroja, con quien voy recorriendo las calles de París a media noche, que me recite el mea-culpa. Durante la guerra, pareció ser en España el amigo de la Alemania fuerte y militar, el admirador de la ruda organización del Norte. Y su error era bello porque era sincero, así como debía medirnos, duramente, más tarde, de todo corazón. Vuelve hoy de Alemania, que no conocía sino a través de las obras que alargan sus fronteras: el arte, la filosofía y el poder militar. Pío Baroja no es un amante arrepentido, aunque en verdad eso sea. Parece tan cruel cuando habla de lo que acaba de ver, que se dijera que es un amante que nunca ha querido. La Alemania que ha visto lo ha helado. Y después de contarme la decepción que ese país de hierro y cálculo le reservaba, ha terminado diciéndome:

—Y lo peor de todo, en este trance, es que no se tropieza con un hombre inteligente en Alemania.

Yo desearía que este espíritu libre que sabe reirse sin empacho, como se ríe un niño ante un payaso, fuera a la Argentina como ha venido a Francia, a devolverle en una conferencia, que ha dado en la Sorbona, la flor delicada de su afecto honroso. El ogro que llamó a la América Española el «continente estúpido», es un hombre que ríe; el filósofo es sensible a la belleza de la acción, y el literato de los cabellos grises, ama la juventud.

Cuando se cuentan cosas interesantes, uno de sus amigos dice:

—Ya verá todo eso en un libro de Baroja.

Porque es con el caudal del genio disperso, con la anécdota que posee la sugestión capaz de ahogar entre su realismo la más alta imaginación creadora, con lo que Pío Baroja compone sus obras y ameniza sus tertulias. Seguramente ha conocido a un hispanoamericano que respondía al retrato que de nosotros hizo. Generalizó y pecó, sin que envolviera en el comentario odio alguno, y es así que se descuaderna de risa cuando le leo un trozo de Oliverio Girondo que dice: «Es tanta la mala educación de Pío Baroja, y sobre todo es tan ingenua la voluptuosidad que siente Pío Baroja en ser mal educado, que uno es capaz de perdonarle hasta la falta de educación que significa llamarse Pío Baroja».

Al fin está satisfecho Pío Baroja ante la reacción masculina que su manera de ser provoca en la juventud. Nadie más cortés ni más sociable que el autor de *La busca*. El ogro es extremadamente sociable y bien educado.

—¿Iría usted a la Argentina?

—Sería un viaje que haría con gusto. No sé, eso sí, cuándo se me ofrecerá la oportunidad.

—¿Tendría usted coraje?—le pre-

(Pasa a la página 251).

THOMAS
La antorcha de Jaurés

SOMERA y exactamente, *El Sol* y *La Voz* han recordado la carrera política de Albert Thomas, el Director de la Oficina Internacional del Trabajo, nuestro ilustre huésped.

Yo tuve durante la guerra el honor y la fortuna de ser presentado al gran jefe socialista por persona a quien él profesaba tanto respeto como afecto: por el más sabio y querido de sus profesores del Liceo, M. Charles Lafont, el cual—detalle curioso—tuvo también como alumno, al comenzar en Bar-le-Duc su profesorado, a monsieur Poincaré. Este genero de presentación hizo que en mi amistad con Albert Thomas no faltasen momentos de charla extrapolítica, y que—hasta cuando las oscilaciones de la guerra hicieron de él un ministro—yo viese en Thomas al *normalien* antes que al estadista y el hombre de acción,

Téngase esto en cuenta. Cuando M. Lafont, en su clase de Retórica superior—es decir, de severos estudios grecolatinos—del Liceo Luis el Grande, preparaba a Thomas para el ingreso en la Escuela Normal, no veía en éste sino a un futuro catedrático de griego, de latín o de Historia. Thomas *resultó* un político. Pero un político sabio, un político con cultura, ¡Y qué cultura! La de Platón y Aristóteles; la de Séneca y Lucrecio. Yo me he explicado siempre los triunfos, los grandes triunfos políticos de Thomas, por la profundidad de sus conocimientos. Thomas poseía «demasiada ciencia» para ser un fanático.

Ved su situación en el antiguo partido socialista *unifié*. Recordad la historia. Jaurés, elocuente, lírico, entusiasta y artista, es la contrafigura de Guesde, el patriarca rígido, el jefe intratable. Surge el cisma, hay escisión. Pero así, descompuesto en dos mitades hostiles, el socialismo francés no hará nada. Es necesario unirlo. Y Vaillant, el noble Vaillant, va y viene de Jaurés a Guesde y de Guesde a Jaurés hasta conseguir la reconciliación y la unión. Nace, o renace, el partido. Y desde el primer momento, a la diestra de Jaurés, nos encontramos a Albert Thomas, como si fuera el destinado a recibir de sus manos la simbólica antorcha.

¿Hizo Thomas la política de guerra que habría hecho Jaurés? Ardua pregunta. No obstante, cuanto sabemos por sus libros y discursos del espíritu político de Jaurés, permite sentar la hipótesis de que el gran tribuno habría «ayudado a Francia», como la ayudó Thomas. En Jaurés habría sido más fuerte que en ningún otro jefe socialista de Francia el desengaño producido por la defección de la Social-Democracia alemana. Horas antes de morir asesinado, y a su regreso del Congreso socialista de Ginebra—donde alemanes y austriacos le habían dado palabra de hacer imposible la conflagración europea—Jaurés creía en el equilibrio de la paz. Muerto el admirable tribuno, la jefatura espiritual del partido pareció dirigirse a Vaillant, aunque más tarde, en un Gabinete de prohombres, Guesde figurara como ministro. Muerto *le père Vaillant*, ¿quién quedaba? No era Bracke, el gran helenista; no era Sembat, el demasiado artista; no eran Renaudel ni Longuet—francas medianías destinadas a obedecer a Lenin—los llamados a realizar la gran política socialista de contacto con los demás partidos, la política socialista de unión, más o menos sagrada, pero urgente e indeclinable.

Dos eran las políticas socialistas que podían hacerse. Y bien claramente se precisaron al concluir el período de la sorpresa originada por la guerra. La *derrotista* y la patriótica. La de Carlos Marx o la de Luis Blanc. Cito a Blanc como ejemplo de socialista terrícola. Era necesario decidirse, momentáneamente, por el suelo o por el credo. Los social-demócratas se habían declarado alemanes antes que marxistas. Thomas se declaró francés. Como simple diputado, dió principio a su obra patriótica, estrictamente defensiva, convenciendo a las masas trabajadoras o disciplinándolas para la defensa. Este período de su vida hace pensar en el gran Carnot. Luego... ¿quién no lo sabe? La Historia se complace en presentar la paradoja aparente de un *leader* socialista, de un enemigo teórico del capital y de la «idea antigua» de la patria, transformado en ministro de los armamentos de una nación burguesa. Albert Thomas y la casa Schneider le presentan la batalla a Krupp. A mediados de 1916 visitaba el cronista, con una introducción de Albert Thomas, los establecimientos del Creusot. Mostrándole los cañones de 320, que concluían de fabricarse, decíale uno de los ingenieros de la casa:

—¡Estos son los hijos de Albert Thomas!

¿Después?... A mí me consta que Thomas se entendía con el *Tigre;* pero la ocasión le pareció propicia para reintegrarse a la disciplina del partido, donde «no se veía con buenos ojos» su eclecticismo. Pudo entonces Thomas desobedecer al partido y, como Viviani o Millerand, convertirse en un *vieux socialiste* de los que llegan a la presidencia de la República. Pero no quiso. Y no quiso porque la hora del riesgo había pasado, porque el triunfo de la Entente era «una cuestión de paciencia». No habló nunca en este hombre íntegro el egoísmo. Y mucho menos la vanidad.

Sus *camaradas*—salvo los Bracke y los Sembat—no le perdonaron sus triunfos. Albert Thomas, en la nueva disolución del partido, fué objeto de ataques, de revisiones, de exclusiones... Confieso ignorar—porque desde 1920, en que concluyó mi labor de cronista de la guerra y la postguerra, no sigo los vaivenes del socialismo, esa pobre víctima de Lenin—cuál es la situación de Albert Thomas en Francia respecto a sus antiguos correligionarios. No lo sé, ni me importa. Lo que me interesa es admirar y celebrar la persistencia y la pericia de mi ilustre amigo en una obra útil, en una obra práctica—dentro de la más amplia órbita social—. Albert Thomas representa en el socialismo la zona de las realidades, de las posibilidades, de la evolución inteligente. Sin hombres de su carácter, el socialismo—único horizonte del mundo contemporáneo—habría sido una fuerza perniciosa y, en definitiva, estéril. Thomas ha sido—y es—uno de los puntales de esa noble idea, que persigue la constitución de una sociedad nueva, sin reliquias feudales. Esa sociedad no puede ser improvisada con uno o varios golpes de audacia, sino labrada poco a poco, en lucha leal y constante con el egoísmo humano y las fuerzas silenciosas y oscuras de la tradición. Utopía o posibilismo. Tal es el dilema.

Albert Thomas ha optado por lo segundo.

(Sigue en la página 256).

ALBERT THOMAS

(Visto por BAGARÍA).

Con Alfonso Reyes, después de once años de ausencia

La noche.—Cruzamos—Eduardo Villaseñor y yo—de una estación a otra. Desde el fondo del automóvil, la noche se nos aparecía como todas las de nuestro Valle: ciudad diáfana; torres aéreas sobre el cielo sin nubes.

Esperamos, a un lado. Vanamente pretendían algunos adelantar los horarios. Otros escrutaban más allá de la sombra, para ver antes que nadie la luz que se adelantaba. Alfonso Reyes apareció en la puerta del carro, sonriente. Se detuvo un momento, para que una placa guardase, casi para la eternidad, su actitud de viajero.

Es de pequeña estatura, movible, alegre; según su propia expresión, «un poco ardilla». Lo rodearon. Imposible decirle en medio de los ministros, de los escritores, de los diplomáticos, de los familiares; es decir, repetirle el epígrafe de «Visión de Anáhuac»: *Viajero, has llegado a la región más transparente del aire.*

De la noche, persistió en nosotros, sin conocerle de antes, la alegría de los que lo tenían de nuevo con ellos. También las palabras jubilosas de las bellas muchachas. Está—al estar con ellos—un poco con nosotros. Debemos sentirnos felices. Al amanecer lo despertarán—como en otros días—las campanas de su juventud preparatoriana.

La tarde.—Habla como en una oscilación de las palabras, para decidirse por una: la esencial, la justa. No desborda, porque, como luego había de decirme, «la emoción es algo sagrado que se saluda de lejos, que sólo debe iniciarse en un leve palpitar del corazón». Escuchando, parece que se atiende a sí mismo. Oyéndolo, recuerda que Pedro Henríquez Ureña lo hacía leer a las cinco de la mañana el Pérez de Oliva—así lo cuentan;—y las discusiones y las conferencias, y los estudios clásicos.

Frente a la tarde, habla:

—¿Y qué querían que yo hiciera, abandonado en París, con una mujer e hijo? La única solución era el trabajar en Madrid, porque ni siquiera podía alistarme de soldado: si fuese solo, bien; pero somos tres. La prensa española me acogió magníficamente, y de mi labor en ella he vivido años enteros. A los que no me conocieron, a los que dudan de mí, voy a demostrarles que soy mexicano en todos sus aspectos.

Por esos once años de ausencia se le creyó desvinculado, como si hubiese perdido lo que deja en cada espíritu un medio, una tierra. Esta tierra áspera sobre la que se levantan «los órganos» paralelos, unidos como las cañas de una flauta, y útiles para señalar la linde: los «discos de nopal», todo lo que él boceta en una página; y que, en la lejanía, es la más pura y austera visión del Valle.

—¿No pregunta usted nada? Oh! y ¿qué quiere usted que le diga? Me siento tan dichoso del regreso a México, que pienso tener una pesadilla agradable, y temo que siguiendo al exceso de felicidad venga la desdicha. Esta idea es más que católica, pagana, la de enojar a los dioses. Y yo me pregunto, inquieto, ¿a qué dios estaré disgustando con mi dicha?



Alfonso Reyes

(Visto por García Cabral).

Acciona con la pipa que le conocemos de los retratos de playa. No tiene el bigote kaiserino de las fotografías de 1917. Así, con su voz más clara, narra la despedida:

—Sería injusto negar que un medio intelectual tan intenso como el español no hubiese tenido influencia sobre mí; es más, no sería humano. Pero he conservado lo de los míos, a través de toda mi obra. No me faltaron deseos de volver, pero quise hacerlo cuando me llamasen, por sentirme más dichoso. De los amigos de allá recibí un homenaje al salir, impresionante y grato; aquí, no se ignora quiénes son mis amigos.

No logra la ceniza de la tarde penetrarle por los ojos. Desde los balcones, se adivina de más allá el ondular de los árboles limitados. Y es entonces que expresa su fé y su esperanza, porque como México vivió aislado durante cierto tiempo cree asistir a la formación del verdadero espíritu nacional.

—¿Y la literatura?

No pierde la sonrisa, la movilidad. Como la sala es corta para ir por ella, es la mirada la que va lejos:

—La encuentro con un movimiento hondo y perseverante, pero dentro de él son de temer dos cosas, que es cierto no han aparecido, pero que pueden presentarse. Una es el que se confunda la literatura nacional con la nacionalista; esto no significa que niegue el valor estético del regionalismo, pero tampoco una literatura debe encerrarse en él. Es lo otro ese cierto miedo que se nota en los jóvenes por el conocimiento de las literaturas extranjeras.

Una pausa. Le explico—a mi manera—las razones de los que rehusan el estudio de los extranjeros, presentándole ejemplos de los que se cerebralizaron hasta nulificarse para producir.

Arguye, vehemente:

—Pero es que el escritor moderno debe ser esencialmente culto, como lo son los más grandes de Europa, que tuve el honor de conocer y tratar. El poeta tiene muy otros matices que el crítico, y lo que recibe lo transforma no en fríos comentarios, sino en obra viviente y harmoniosa. D'Annunzio...

Palpitó en la luz la figura evocada del creador, del animador. Hablamos en seguida de la reacción contra los ensayistas y los críticos, y que han estimulado, aconsejando a los autores de poemas en prosa que se dediquen a la zapatería (Carlos González Peña); y calificando despectivamente de estériles a los críticos (Salvador Díaz Mirón).

—No se extrañe—comenta, con lento ademán—Carlos es un escritor producido por el naturalismo, que sólo simpatiza con las obras totales, tal como las exige su estética. De Díaz Mirón, aparte del respeto que merece su labor poética, me atrevo a decir que no es un maestro en el sentido de que enseñe. Y para criticar a los críticos, se necesita serlo. Y como estamos dentro de un intenso movimiento, se justifica la reacción, porque antes de cada uno de ellos hay un exagerado examen de formas y de valores.

De la ciudad—toda bajo la lluvia—nos llegaban rumores apresurados, voces veladas. Preciso era decirle que este Anáhuac suyo le esperaba, sin cambiar: fielmente. Todavía—como en tiempos de Moctezuma, como en la Colonia—estamos luchando «por domeñar nuestra naturaleza brava y fogosa», que en

ocasiones está dentro de nosotros mismos.

—Todavía no la veo bien. Lo de anoche no cuenta, porque pasé por ella como en un relámpago, y no sabría decirle cómo la encuentro; la he visto subjetivamente, buscando los sitios que me eran gratos, que tienen algún recuerdo. Lo demás, vendrá después, cuando me quite de los ojos este deslumbramiento.

Accionó, como para quitarse luz de sobre los párpados.

La lluvia.—Mientras afuera caía la lluvia—menuda e indecisa—fueron llegando a la casa familiar los amigos de la tierra, a los que él dijo a través de los vientos marinos: «Conserváos unidos. Sacad razones de amistad de vuestras diferencias como de vuestras semejanzas. Mañana caeremos en los brazos del tiempo. Opongamos, a la fuerza obscura, la muralla igual de voluntades».

Estos son algunos—lo sospecho—de los que lo acompañaron en los corredores de la Preparatoria, hoy transformada por los «frescos» murales y los gritos sindicalistas de los nuevos estudiantes. Pero alguna noche la luna será sobre los patios como era entonces.

Confiesa:

—Sí, es cierto, domino mis emociones, las velo. Si me dicen que una madre perdió a su hijo, siento la desgracia; pero si la describen en una mediana prosa, sólo puedo hacer un comentario: qué mal escribe este señor. Odio y desprecio los chantages sentimentales.

Lo gris de la lluvia—amigo Villaurrutia—trajo al recuerdo ciertas páginas de Azorín. Pregunté por él, teniendo aún la lectura de García Calderón que lo ofrece encerrado y casi vencido.

—Los jóvenes están atacándolo, porque ha sido últimamente un crítico muy complaciente. Yo hubiese querido decirles a mis amigos, que lo son todos ellos, que debían haberle significado su descontento en otra forma totalmente distinta; porque Azorín es, al fin y al cabo, un gran maestro. Lo que usted menciona de García Calderón está en *La Verbena de Madrid*, pero no olvide que el peruano es más poeta que crítico; prueba de ello es que no puede contener sus pasiones, por lo demás siempre nobles y sugestivas.

Regresamos, por este camino, a lo de España, a lo que él ha dejado. Enumera las tendencias estéticas, para terminar en el ultraísmo.

—El ultraísmo no fue sino un afán de renovación, que iba contra el modernismo. Reflejo de todo lo que usted sabe había en Europa: cubismo, futurismo, etc. Como todas las revoluciones tiene partes buenas y malas, porque nada es perfecto en absoluto. En México, el estridentismo está también justificado, y si hemos de mencionar lo malo, lo tiene usted en esa pedantería que lucha por asustar al burgués y al académico. He visto con simpatía todo esto, pero no siento la necesidad de renovar mi estética, de cambiar la que hoy empleo y que me basta para expresar lo que quiero decir.

Define después su actitud respecto a la naturaleza, al libro. Considera que éste forma parte de aquélla, y que hay que ir a la vida con voluntad de aprender, porque de lo contrario se produce literatura insustancial, por carecer de disciplina.

—La preparación nos hace conocer aquello con que vamos a trabajar. Pasando a la literatura mexicana, quisiera en ella más teatro y novela, porque hasta hoy hemos tenido las alas de la lírica; y ese género intermedio, que no sé cómo llamar, y que es el ensayo, poema en prosa. Note usted que la novela y el teatro como que dan carácter a una literatura, aunque por ello no es posible decir que exista la mexicana: no ha dado frutos inconfundibles, para decir que aquí principia lo nuestro y allá lo de los otros.

Le cuento lo que los compañeros piensan hacer, lo que han meditado a la sombra de los corredores escolares, en que muchas veces se hablara de él, de Alfonso Reyes, ya negando, ya afirmando su mexicanismo. El confiando un poco:

—Yo también tengo ideada una novela mexicana, no precisamente de la revolución, pero que la tocará en algunos puntos. Espero adquirir la documentación necesaria para ella... mas no sigamos hablando de esto, porque soy supersticioso.

Ante mi gesto de asombro y desconcierto:

—Sí, por la experiencia de las tertulias. He visto a tantos amigos míos gastarse en las conversaciones, y no producir nada después. Es preferible ocultarlo un poco, resguardarlo.

Habla—con absoluta fidelidad—de Pedro Henríquez Ureña, de José Vasconcelos. La crítica o comentario sobre Daniel Cosío Villegas ni siquiera llegó a iniciarse, así como la defensa del ensayo, del poema en prosa.

—Pedro le comunica a usted una inquietud, un temblor. Se separa uno de él con el propósito de hacer algo, y algo digno.

Desmintió ciertas declaraciones en que se le hace hablar de Unamuno, de Maeztu, de Grandmontagne. Evitó, buen piloto, los escollos de la política, apenas sugeridos. ¿Y del cine?

—Volveré a escribir según lo que dé, porque el cine es una magnífica promesa nunca cumplida. Todo lo que se puede hacer con él! Ya he dicho que tiene un elemento más de ironía...

Sonreímos. A mí no se me iba de la memoria su respuesta, dada al pedirle que dispensara la insistencia con que lo buscaba: Si fuera para darme una puñalada!

Sobre la lluvia, se recortaban Genaro Estrada y el férreo señor don Artemio de Valle Arizpe, en espera. Alfonso Reyes iba momento a momento, a pedirles treguas. Dentro de un mes, dentro de dos, se irá, para volver. En tanto, es preciso darle salutaciones limpias, porque está vivaz y alegre bajo el cielo del Valle.

ORTEGA.

(Revista de Revistas. México. D. F.)

Dietario en Zig-Zag

El poder de la política

No hay como la política para lanzar un nombre.

Ha bastado que Giovanni Gentile colaborara en la renovación fascista italiana para que su popularidad rodara por los diarios que lo mencionan con familiaridad absoluta: «Siguiendo el ejemplo de Giovanni Gentile...»

¿Cuántos de los que lo citan, de tú a tú, habrán leído tan sólo una de sus eficaces y cuantiosas obras. El *Sistema di Lógica Como Teoría del Conoscere*, por ejemplo: la *Filosofía de Marx;* el *Summario de Pedagogía; Il modernismo e i raporti fra religione e filosofía?*

¿Se nos contestará, con una sonrisita, que para escribir un artículo de fondo—*sin fondo*—no es necesario?

Nota breve

Entre Pousin y Emile-Othon Friez hay un mundo y tres siglos de teorías...

Pero—y éste es su mérito—*Las Mujeres a la Fuente* del Maestro *fauve* tienen algo de común con *Los Pastores de Arcadia* del Maestro *clásico*.

Hispano-americanismo

Oh España, oh España!—nos decías tú, ilustre comerciante en cueros de la hermana Honduras y compañero de viaje—oh España! Quiero conocer España. Ya me he preparado. Primera diligencia: un sombrero cordobés. Segunda diligencia: la entrada a los toros. Estoy loco para saber quién toreará en Madrid el próximo domingo. ¿No lo sabe Ud. Señor?

Oh, España!

Una oda al tren

«El carro de hierro chirria y corre con tambaleante ruido.

»Grita, al salir, con grito que rasga, deslizándose por el camino sobre dobles líneas de acero.

»Zig-zaguea con quebramientos geométricos de dragón. Cree la oreja percibir el silbido de arranque y ya el fin del viaje está cercano.

»Tendida sobre almohadones, lo veo todo como en sueños.

»Las montañas ceden plaza a las llanuras; las villas a los pueblos.

»Cierro los ojos y la vida del ayer vuelve.

»¡Qué placer el correr por nuestra memoria como corre por los rieles el tren de llamas!

»Y qué angustia la de esperar el próximo término del viaje; estrujado el pecho, muerto el respirar.

»Abro los ojos y vientos cargados de flores me acarician, me hablan de colores—fuertes y desvanecidos—invisibles tornasoles de sus alas.

»Mis pensamientos son entonces negras nubes que ruedan por el azul y que un rayo de sol espanta».

¿Escribió esta *Oda al Tren* un poeta novísimo?

No. La escribió la Emperatriz china T'Seu-Hai.

Sobre un rojizo pergamino esquinado de dragones de oro, con largos jeroglíficos dibujados, fijóla la Emperatriz cuando el tren, que se había abierto paso por un boquete de la Gran Muralla Cerrada, la devolvía del destierro a sus palacios de la Villa Púrpura.

Venía la Emperatriz de los eriales de la montaña de Li-chan, llena de tumbas, a ocupar de nuevo el trono de la China, constelado de piedras y anegado de damascos. Retornaba la Emperatriz a la pompa de sus mansiones de porcelanas y bambúes en donde su vida se había escurrido empapada de las crueldades y de los heroísmos de las razas mongólicas; en donde había asesinado al enervado esposo, al hijo podrido, y en donde, antes de morir aún, debía estrangular al nieto débil para que un hombre, macho y potente, pudiera guiar los destinos de su Patria.

T'Seu-Hai, Emperatriz china, heroica, dura, cruel, poetisa de bellos versos nuevos y bellos versos remotos, te evocamos, bajo parasoles de túrgidas sedas y rodeada de fénix de oro, mientras presidías los desventramientos de mujeres que hicieron los tigres del Príncipe Kong, una larga crisantema de oro sobre la sonrisa de tus labios dorados.

Tan lejana de siglos que pareces, T'Seu-Hai, Emperatriz de la *Oda al Tren*... y tan cerca que de nuestras vidas has respirado.

La leyenda del gigante y de sus siete esposas

Nos la contó un pastor...

En esta montaña vivió un gigante.

Se supo su último día por una de sus siete esposas que lo amaron.

Era en tiempo de guerra y el gigante debía salir a pelear. Lo vistieron a la luz de la aurora sus siete esposas, ateridas bajo los tenues velos que las cubrían. Fué la última vez.

Primero maceraron el cuerpo del gigante con los ungüentos de la fuerza. Las manos minúsculas apenas se veían sobre la gran inmensidad velluda. Después le colocaron en las orejas los gruesos aretes fulgurantes; en los pies las sandalias ligeras. Después, entre las siete, arrastraron la sonora coraza. Al verlas avanzar, sonreía el gigante.

Una de las siete esposas le dijo: «Oh señor! Nosotras que nos adormecíamos todas las siete en vuestro regazo, y era el resplandor de vuestros aretes, heridos por el sol, el que nos despertaba!»

Otra de las siete esposas le dijo: «Oh señor! Nosotras que nos podíamos espejar todas en uno de vuestros ojos!»

Cargaron el casco, el fuerte casco crinado, protegido por férreo morrión. El velo de una de las siete esposas se rasgó y, tímida, tuvo que avanzar desnuda entre las siete púdicamente tapadas.

Por las entreabiertas cortinas de púrpura iba entrando aurora en la tienda.

Las siete esposas quisieron arrastrar la maza del gigante y no pudieron. Le dieron su puñal. En la brillante hoja se contemplaron las siete.

Dijo otra esposa: «Oh señor! Ausente vos, no podremos jugar a buscarnos las pequeñas manos dentro del frondoso bosque de vuestras barbas, ni contemplaremos el brillar de vuestras sortijas por entre la negrura de vuestro pelo.»

En el campo sonaron trompas guerreras y cornetas bélicas. El gigante no estaba vestido!

Las siete esposas unieron las pieles de toro que le servían de manto. Después, de puntillas, intentaron —imposible— llegar a la espalda del que estaba medio acostado sobre almohadones mullidos. Resbalaban las pieles. Con una de sus inmensas manos el gigante las sujetó y las esposas, agradecidas, sonrieron. Y alto, torre sobre las siete pequeñas cabañas que levantaban hacia él como humo mañanero su fervor, el cíclope se irguió.

Su respirar hacía que las cortinas de la tienda oscilaran. Claridades en el horizonte. Más toques de bélicas trompas en reto. Las cimas de las montañas se recortaban precisas sobre el cielo. Tres condores pasaban con largo aletear. Más toques, imperativos, en reclamo de combate.

El gigante, al despedirse, alcanzó con un beso a las siete esposas. Una de ellas le vació sobre la fuerte crin un puñado de perlas llenas de perfume. El las abrazó después.

Dentro de sus brazos eran las siete como siete nidos perdidos en las cornisas inmensas de un templo antiguo.

Trompas, clarines. Un suspiro de la última estrella que se apagaba y un adiós de marcha. Las esposas lloraban unánimes junto a los brocados de la tienda que el amado dejaba.

Los enemigos del gigante, congregados al pie del monte, lo vieron descender, como un pedazo de montaña desprendido de la montaña. Detrás de él nacía el sol.

¿Con qué oscuro ardid lograron matarlo?

La leyenda del gigante y de sus siete esposas nos la contó un pastor.

RAMÓN VINYES

Pío Baroja...

(Viene de la página 247).

gunta Corpus Barga que nos acompaña.

—Coraje sólo lo tienen los bandidos y los jugadores—responde.

Y Pío Baroja, que sonríe siempre y cada palabra que le alcanza le hace abrir las puertas de los tesoros múltiples que posee, habla de los hombres de coraje. Toda la gama. Y termina contándonos la vida del matón que llega a Toledo en plena epidemia de fiebre tifoidea. El hombre no encuentra con quien armar gresca. La ciudad está enferma de miedo. Lo han abandonado todo al matón, que se muere de tristeza. Asomados a los vidrios de las ventanas, unos cuantos vecinos le ven llegar a la plaza principal con un canasto de tomates. Nada tan temible, en tal ocasión, como los tomates, pues es voz popular que los tomates dan el tifus. El matón se come, ahí no más, los kilos de tomates que traía, desafiando a la muerte y no teniendo ya a quien provocar... Pero ya no creo en el coraje—termina Baroja.

—¿Y se vuelve usted a España?

—Sí, pero no se cuándo.

Y la piedra de honda del vasco parte hacia los Pirineos, mientras se le vela la voz de tristeza. ¿Piensa acaso en Unamuno?

Y añade:

—Como ahora todos los españoles tenemos algo de desterrados...

Baroja piensa cuando habla y logra esteriorizar—este hombre del Mediodía que pudo dejarse seducir por la frase brillante y ruidosa—la frialdad de su pensamiento, la claridad con que precisa la idea y el valor tan humano y modesto con que la emite.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

LA EDAD DE ORO

9.—La aventura de Arión.

La cosa suele contarse así: Arión, habiendo vivido mucho tiempo en la corte al servicio de Periandro[1], quiso hacer un viaje a Italia y a Sicilia, como efectivamente lo ejecutó por mar; y después de haber juntado allí grandes riquezas, determinó volverse a Corinto. Debiendo embarcarse en Tarento, fletó un barcó corintio, porque de nadie se fiaba tanto como de los hombres de aquella nación. Pero los marineros, estando en alta mar, formaron el designio de echarle al agua, con el fin de apoderarse de sus tesoros. Arión entiende la trama, y les pide que se contenten con su fortuna, la cual les cederá muy gustoso con tal de que no le quiten la vida. Los marineros, sordos a sus ruegos, solamente le dieron a escoger entre matarse con sus propias manos, y así lograría ser sepultado después en tierra, o arrojarse inmediatamente al mar. Viéndose Arión reducido a tan estrecho apuro, pidióles por favor le permitieran ataviarse con sus mejores vestidos, y entonar antes de morir una canción sobre la cubierta de la nave, dándoles palabra de matarse por su misma mano luego de haberla concluído. Convinieron en ello los corintios, deseosos de disfrutar un buen rato oyendo cantar al músico más afamado de su tiempo; y con este fin dejaron todos la popa y se vinieron a oirle en medio del barco. Entonces el astuto Arión, adornado maravillosamente y puesto el pie sobre la cubierta, con la cítara en la mano, cantó una composición melodiosa, llamada el *Nomo orthio*, y habiéndola concluído, se arrojó de repente al mar. Los marineros, dueños de sus despojos, continuaron su navegación a Corinto, mientras un delfín (según nos cuentan) tomó sobre sus espaldas al célebre cantor y lo condujo salvo a Ténaro. Apenas puso Arión en tierra los pies, se fué en derechura a Corinto vestido con el mismo traje, y refirió lo que acababa de suceder.

Periandro, que no daba entero crédito al cuento de Arión, aseguró su persona y le tuvo custodiado hasta la llegada de los marineros. Luego que ésta se verificó, los hizo comparecer delante de sí, y les preguntó si sabrían darle alguna noticia de Arión. Ellos respondieron que se hallaba perfectamente en Italia, y que le habían dejado sano y bueno en Tarento. Al decir esto, de repente comparece a su vista Arión, con los mismos adornos con que se había precipitado en el mar; de lo que, aturdidos ellos, no acertaron a negar el hecho y quedó demostrada su maldad. Esto es lo que refieren los corintios y lesbios; y en Ténaro se ve una estatua de bronce, no muy grande, en la cual es representado Arión bajo la figura de un hombre montado en un delfín.

HERODOTO.

(Los Nueve Libros de la Historia).

---

(1) Señor de Corinto.

10.—Agua de riego

Agua de manos blandas y livianas,
agua maravillada, agua de riego!...

Como frase de niño que refresca
los áridos pensares del abuelo
y le ablanda durezas del espíritu,
así vas penetrando en el sembrado
y haces tuya la tierra: te agradece
el terrón, y los brotes te hacen sombra
con ingenua insistencia, porque no halles
tan caluroso el sol; y te saludan
con temor infantil aquellos tallos
todavía distantes... y tú sabes
que gravita en el aire un regocijo
y una inmensa ternura; y nada dices
que son los hijos tuyos!
Agua, corre
y fecunda este valle, y pon tus labios
en todas las raíces: tú refrescas
el corazón del campesino; agrandas
sus ocultos monólogos, y abrigas
de santidad su aspiración. Son hondos
tus rumores para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas
desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, y le envuelven
en un sonar de espigas el espíritu.
Vienes a ser impulso en su latido:
verdura y claridad, en su esperanza,
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos y arrullar de cunas.

Algún grano de trigo saldrá un día
de estos endebles tallos que hoy empapas
a contar en las hostias el milagro
continuo de tus dedos fervorosos.

ERNESTO A. GUZMÁN.

(Los Poemas de la Serenidad).

11.—Clemencia del Mariscal Sucre

Meses después fué aprehendido en el palacio presidencial de Chuquisaca en altas horas de la noche, y cerca de la puerta del dormitorio del mariscal, el comandante Valentín Morales Matos, armado de un puñal; interrogado por los edecanes de guardia, confesó que se había propuesto matar al general Sucre por haberle despachado desfavorablemente una solicitud introducida en el Ministerio de la Guerra. Sometido al día siguiente a un Consejo de Guerra, presidido por el general Lanza, se le condenó a muerte. Arrójase la madre del reo a los pies de Sucre, pidiéndole el perdón de su hijo, y haciéndole saber que era un mozo violento de carácter, capaz de un crimen en un arrebato de cólera, pero capaz

también de la más noble acción en favor de sus jefes y de la patria; Sucre la alza y le contesta con estas bellas palabras dignas de los Antoninos:

«Alce usted, señora, y enjugue su llanto. El delito de su hijo ha sido únicamente contra mi persona, y esta circunstancia mitigará el rigor de la ley que le castigue. Espero la ley que he pedido al Congreso designando mis atribuciones, y en ella se hallará la de conmutar la pena de muerte, y será usted servida».

A pocos días confinó al reo a uno de los departamentos de la República. Marchaba aquel desgraciado por los caminos públicos, desdeñado de todos, como el réprobo que había querido asesinar al padre de la patria; abrumado de dolor y vergüenza no se atrevía a pasar por los poblados, sino que esperaba la noche para acostarse a orillas del camino, y tan pobre andaba que no tenía con qué comprar un pan. Registrando su maleta una tarde se quedó atónito al encontrarse con un paquete de doscientos pesos en monedas de oro, sin poder atinar con la persona que hubiera podido darle aquella limosna. Nada se pudo averiguar entonces; pero pasado mucho tiempo, declaró don Felipe Alvarez, mayordomo de palacio del mariscal, que aquellos doscientos pesos habían sido una dádiva reservada del General Sucre. Así cumplía con espíritu verdaderamente cristiano, el precepto de Jesús, cuando decía a sus discípulos en el sermón de la montaña: «Mas tú, cuando hicieres limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.»

Y no bien se hubo expedido por el Congreso la ley en que se le daba el derecho de gracia para los condenados a muerte, cuando dictó en Ancoma, departamento de Potosí, a 25 de mayo de 1827, el siguiente decreto:

ANTONIO JOSE DE SUCRE,

ETC., ETC., ETC.

Considerando: que deseo celebrar de un modo digno de los principios clementes del Gobierno el aniversario del primer día en que los pueblos de Bolivia invitaron a la América a la gloriosa insurrección que ha emancipado el Nuevo Mundo; en uso de la atribución 28, art. 83 de la Constitución:

DECRETO:

....

Art. 3º El reo Valentín Matos, condenado a muerte y conmutada esa pena en destierro que actualmente sufre por el asesinato premeditado contra mi persona, queda exento de toda pena por dicho delito en virtud de la autorización que obtuve del Congreso Constituyente para indultarlo.=ANTONIO JOSÉ DE SUCRE.—*Facundo Infante*.

El reo regresó a Bolivia en 1828, y murió muchos años después en Cochabamba de muerte natural; y dicen que, cuando oía nombrar al mariscal, bajaba la cabeza y se le arrasaban de lágrimas los ojos.

LAUREANO VILLANUEVA.

(Vida de don A. J. de Sucre).

12.—Los juegos

Saben muchos juegos estos niños. Pero, uno de los que más les gusta es tomarse de la mano, hacer una rueda y cantar mientras dan vueltas rítmicamente. Titán, que no sabe cantar, ladra de una manera ruidosa, saltando en torno. A menudo Abel también viene a hacer cabriolas junto al grupo, con lo que todos ríen. Y los niños cantan la canción de la:

Rueda, rueda

A la rueda, rueda:
que cayó del cielo,
al agua del río
un lindo lucero.

—

A la rueda, rueda:
que la princesita
para sus cabellos
quiere la estrellita.

—

A la rueda, rueda:
que se enoja el rey
y dice a los pajes
que no se la den.

—

A la rueda, rueda:
que llega el galán
y a la princesita
se la ofrecerá.

—

A la rueda, rueda:
que se casarán
y el rey y la reina
a la boda irán.

Cantadla, niñitos. Y veréis qué lindo es el juego de la *Rueda, rueda*.

JUANA DE IBARBOUROU.

(Ejemplario).

13.—El poder de la ilusión

Al regreso de cierta comisión olímpica, detúvose Mercurio a descansar en la isla de Nío. Era noche cerrada; y hallándose próximo el dios a una cabaña de pescadores, propúsose, conforme a su índole, atisbar el interior por una rendija.

Hilaban junto al fuego las tres hijas del pescador; y para divertirse, entrecontábanse sus ilusiones.

—Yo, dijo la primogénita que se llamaba Halia, la salada, y que lo era, en efecto, por su gracia picante, yo quisiera casarme con el gran sacerdote de Apolo. Y desbarató la excesiva pretensión en el cristal de una carcajada.

—Yo, repuso la segunda, cuyo nombre era Klymene, la famosa, y que lo merecía por sus magníficos cabellos, quisiera casarme con el joyero que tenga las mejores perlas en el emporio de Corinto. Qué diadema me haría!... Y evaporó el ensueño imposible en las alas de un suspiro.

En cuanto a la pequeña, llamada Phanión, claridad, por la luz de sus ojos azules, afirmó muy seriamente y sin vacilar:

—Yo quisiera casarme con el hijo del rey.

Como las jóvenes eran hermosas, lo que ponía a Mercurio de buen humor, y como le era simpática la gente de las Cícladas, propúsose colmar, al cabo del año, los deseos de las tres ilusas.

Y cada una recibió la suerte que había esperado.

La mayor casó con el sacristán de Delos, en quien pensaba realmente aquella noche. La segunda, con el dependiente de un perlero, pues tal había sido su verdadera aspiración.

Pero Phanión la pequeña, desposóse con el príncipe que naufragó al efecto en la costa, y que salvado por ella le pagó así la deuda de la vida—pues a la vida, en efecto, sólo puede pagársela con amor—porque en la perfección de su sinceridad había deseado ser realmente princesa.

LEOPOLDO LUGONES.

(Filosofícula).

Página lírica

de Enrique Loynaz

Desconocido de los pequeños grupos, desconocido en su propia casa. ¿Sabe Ud. cuáles cosas ha publicado por primera vez? Los versos qué mandó Juan Ramón Jiménez a *España* (semanario de la vida nacional). Verá como fué. Escribí a Juan Ramón y le hablaba de este poeta. «Mándeme cosas suyas», me dijo. Escogí algunas poesías. De las escritas a los 18, 19 y 20 años. (El poeta acaba de cumplir 20 años). ¿Qué pensaría Juan Ramón, Juan Ramón que es para mí toda la pureza lírica? Pasaron días. Una tarde me llamó Reyes y me dijo: «Los versos de tu amigo representan para Juan Ramón una tonalidad nueva en la lírica americana. Así me lo ha dicho. Luego el poeta de *Eternidades* me dijo que si yo le dejaba publicar algunas de esas poesías. No tengo ya *Indice* (aquella revista cuya impresión pagaban los propios colaboradores de ella, revista selecta y abnegada de selectos y abnegados), en *España* publico mis últimos versos; allí quiero publicar algunos de Enrique Loynaz». Me sentí emocionado; le autoricé para todo. Así Enrique Loynaz, desconocido para todos en Cuba, empezó a publicar algo. Lo publicado es una parte mínima de su labor. El nunca ha pensado en publicar nada. Así me escribe Enrique últimamente:

«En realidad hoy no podría mandarle versos, José María; Ud. sabe que hoy no podría. Otra vez he de mandarle muchos; me siento muy lejos de ellos hoy. Otra vez le regalaré todos los que me quedan, deben ser muchos porque últimamente recuerdo haber escrito bastante en verso. Siempre me decía ¿estos son los últimos?

»Pero yo quisiera regalarle algo mejor: algo como este ardor de belleza; como este extrañable ardor de belleza apasionada».

Antes Enrique en esta carta (que he recibido hace apenas una semana) me decía:

«Pero yo no he hecho en el mundo nada, nada más que gritar siempre este limitado temblor de belleza entre mis labios, y sentirme un poco diferente a los demás, porque yo he estado siempre un poco más cerca de la muerte que ellos y, sobre todo, mucho más lejos de la vida».

Enrique a nadie habla de sus versos. Es un hombre que habla siempre muy poco. Parece más enfermo de lo que en realidad puede estar. Su padre es un general de la revolución; posee mi amigo una gran fortuna personal. Y permanece ignorado de todos y su voz cada momento que pasa es más íntima y profunda. Yo no puedo distinguir entre el poeta, el hombre. Por casualidad le conocí una noche; desde entonces sentí que le quería como a un amigo presentido desde hace mucho tiempo. De mi fraternal camarada le mando aquí algunos versos.—JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO, desde Madrid.

(Fragmento de una carta dirigida a don MOISÉS VINCENZI).

1

Sobre los campos desiertos
qué gran poesía tienen
en la calma
los rieles de los trenes.

Tienen alma, tienen vida
los rieles.
Extendidos en la hierba
van casi inconscientemente
como buscando un arcano
que presienten;
y ya muy lejos ¡muy lejos!
en el fondo del abismo
de la distancia, parece
que con majestad siniestra
se mueren,
por trascender el enigma
de la muerte.

Sobre los campos desiertos
qué gran poesía tienen
en la calma
los rieles de los trenes.

(Primera poesía de Enrique. Es de 1920. Hoy el poeta tiene 20 años. Esa poesía es de la primera adolescencia. No he querido dejar de decirle este dato, que creo curioso, por más que nada me diga nunca la precocidad de los artistas).

2

Soñé con una noche blanca, donde la vida,
fuera tan blanca como la misma noche,
[donde
el alma mía, que tan lejos se me esconde,
me dijera, sin miedo, su palabra escondida.

Soñé con una noche de paz, donde los
[hombres,
donde todos los hombres fueran buenos y
[el cielo
estuviera más cerca de mi... sin un con-
[suelo
exterior, sin nociones exteriores, sin
[nombres.

Sin nombres, sin nociones, sin consuelo,
[sin nada
que no fuera la sola noche, toda blancura,
sin nada que no fuera mi alma plena y
[oscura;
sin nada que no fuera su palabra callada.

¡Encanto de los hombres buenos, paz de
[las horas
donde pudiese hablar conmigo mismo, don
de los hombres y mío!

Ya noche.—
¡Corazón
amaneciendo en medio de estrelladas
[auroras!

Dicbre. 1922.

3

Iba yo caminando con la vista en el suelo,
cuando encontré, de pronto junto a mí, a
[la muriente
luz del ocaso, una gran montaña.
Vi el cielo
profundamente limpio; vi el sol; vi la
[montaña
y todo estaba cerca de mí, todo por frente
a mis brazos ansiosos y a mi vista demente...
—Nada humano podía detenerme.
Era extraña
y era pujante aquella conmoción no sentida
jamás... Iba naciendo de mi vida otra vida;
y una voz, desde el fondo del corazón me
[dijo:

«Esa montaña es la Naturaleza».

Oí la voz sin miedo y sentí la grandeza
de la montaña, sobre mi alma.
Fuí su hijo:
Escarbaron mis dedos su tierra, sutilmente,
la estrecharon mis brazos con amor
[inconsciente.
¡Y, como yo la amaba y era amado por ella,
la tierra palpitó debajo de mi pecho!
—y yo quedé tan fatigado, o tan satisfecho
que me tendí a la sombra de la montaña
[aquella.

Mayo 1921.

4

Si contemplaras una vez ante ti una
[sombra
no hayas temor de ella: Puede ser algo
[santo
la visión fugitiva. ¿Por qué, por qué te
[asombra
su presencia, tan plena de luminoso encanto?

(Todas las sombras hablan, todas las
[sombras sienten
y ninguna es hechura del capricho o la idea).
—Si hacia ti se encaminan es, porque en ti
[presienten
algo que las atrae ¡quién sabe lo que sea!

Ahora bien; si pretendes oir lo que ellas
[dicen
llénate todo de una profunda devoción
esperando, que dentro de tu ser, fertilicen
sus palabras, sonando cual sagrada canción.

Saca de entre ti cuantos de estériles
[antojos
hubiere, y no la mires al sentir su sonido,
porque no vayas a borrarla con los ojos
antes que tenga tiempo de escucharla tu
[oído.

¿Has visto cómo todo se ha ido poniendo
[oscuro?

—La niebla se ha cernido como un titánico
[cuervo
desplegando sus alas melancólicamente...
¿Has visto cómo todo se ha ido poniendo
[negro?

Calla un instante, calla... Aparece la noche
y ha llegado con ella su invariable cortejo
de voces sin sonido, de inquietud en el alma,
de espantos interiores, de sombra y de
[silencio.

Piensa un instante, piensa... Ha llegado la
[noche
y todo con presura se ha vestido y cubierto
al recibir su presencia, de una tristeza vaga
y de un encanto tétrico.

¡Abre los ojos!: Mira la gloria de estas
[horas
divinas, dando a todo un tamaño supremo—
¡cómo se ha agigantado la estancia de
[repente!
¡cómo todas las cosas han podido ir creciendo!

Es la obscuridad: Ella tiene poder bastante
y bastantes misterios
para colmar las cosas de atractivos y de algo
que hace tremar los cuerpos.

Mirar las sombras es como ver lo infinito,
la nada misma en su desnudez, el inmenso
vacío, la distancia sin principio ni fin
donde no es cognoscible lo grande o lo
[pequeño.

... Mas; ¿No oyes en la calma el eco de un
[sonido
oscilar tristemente? ¿Es la sombra, es el
[cierzo?
¿Has visto como todo se ha ido poniendo
[oscuro,
has visto como todo se ha ido poniendo negro?

(Hay voz en la penumbra
de esta noche, y un miedo
letal, ha conmovido
mi alma y tiemblo... y tiemblo).

5

La voz de la penumbra, por primera
vez en mi vida, hablóme en el silencio
de la noche...
Yo estaba temeroso
de mi alma, me sentía casi muerto
por entre los espacios infinitos,
y la voz me llegaba de muy lejos...

Ya las voces humanas se atenuaban:
Y la voz parecía como un sueño.

Ya las voces humanas no se oían:
Y la voz parecía como un eco...
... Cada vez más hundida en la distancia,
cada vez penetrándome más dentro;
y cada vez más mía ¡para siempre!

Sin embargo, yo tuve mucho miedo
y le dije:
«Ya sé que has de acabarte.
Tú callarás, como también pudieron
callar, aquellas voces nunca amadas
por mí. Quedaré solo... en el silencio.
Como una barca sola. Mas, ignoras
que, cuando tú también te calles, luego,
como todas las voces en mi vida,
yo ¡para siempre! te seguiré oyendo...»

6

A lo lejos le veía,
como en medio de una viva lumbrerada.

Todo yo resplandecía con su lumbre:

Desde lejos me miraba,
desde lejos le veía
y él estaba en lo más mío de mi alma
y mi alma le decía hondamente:

«NO TE VAYAS, NO TE VAYAS.»

A lo lejos le veía,
como en medio de una tenue lumbrerada.

Yo, ignoraba el paso lento de las horas;
y las horas avanzaban.
—Yo ignoraba la presencia de las nieblas;
y las nieblas invadían la distancia.
El, quedaba solamente
y ya sólo le veía con el alma.

El se iba...
Pero el alma repetía
hondamente:
«NO TE VAYAS, NO TE VAYAS.»

Asociación de estudiantes universitarios e intelectuales de Costa Rica

San José, Costa Rica,
30 de junio de 1924.

Señor don Miguel de Unamuno
Isla de Fuerteventura,
Islas Canarias, España.

Ilustre Maestro:

Los miembros de la «Asociación de Estudiantes Universitarios e Intelectuales de Costa Rica», a quienes tenemos la altísima honra de representar en este mensaje, sencillo pero espontáneo, que llega hoy a vuestra serena morada para acompañaros desde América; indignados y doloridos por el nunca merecido ultraje recaído en vuestra honorable persona, ultraje de la fuerza al derecho, de la barbarie a la cultura, de la ignorancia al saber (y en este caso especialísimo) de lo militar a lo civil; y sufrido por Vos heroicamente, con estoicismo admirable digno de los filosófos de la antigüedad.

Por ello, nos servimos protestar ante los verdaderos ciudadanos españoles para que os hagan justicia y ante los más competentes pensadores de la Península, para que unidos compactamente formen una luminaria sin intersticios por donde se cuelen las sombras.

Maestro: vuestra sonrisa en esta hora cruenta para España y América es portadora de flores lozanas a la juventud; la fragancia de vuestras rosas ha embellecido nuestros nobles y altruístas espíritus. Más, ahora que os halláis en el exilio, la juventud rebelde, la encargada por el momento actual de la evolución de estas nacionalidades llamadas junto con vuestra Patria inmortal,

«Inclitas razas ubérrimas
»Sangre de Hispania fecunda»

—a vivir la legítima democracia que garantiza la debida libertad e independencia de los hombres; y como tales—el centro de ellos—el faro luminoso y fecundo que engrandece al espíritu: LA CONCIENCIA.

¡Ah, Maestro! cuando en una nación es un hecho viviente el más alto respeto por la conciencia en todas sus manifestaciones, podemos augurar a Ella, sin peligro a equivocarnos: su bonanza, la firmeza de su lucido prestigio, el afianzamiento de sus superiores instituciones, su vasto desarrollo, en fin... la plenitud de próspera y rebosante vida. Pero, cuando, como ahora nos toca contemplar el golpe mortal—si de muerte pudiera ser el de las tinieblas a la luz—de la fuerza, no simplemente dado a una cabeza humana, sino a la supra-cabeza de la intelectualidad hispánica, a uno de los más culminantes exponentes, en la época que corremos, del pensamiento ibero; tememos porque dure más tiempo lo que es síntoma revelador de decadencia para la Madre Patria. Pero no, esperamos llenos de fe inconmovible que de las ruinas y escombros a que están reducidas hoy las libertades, saldrán nuevos moldes en que se forjarán preciosos valores que abrillanten con grandes alboradas de sus cerebraciones, el ambiente de la Patria; que restablezcan para siempre sus eternas claridades.

Maestro: ya la juventud se yergue y enterada dice: alto.

Recoged los lirios que han florecido sobre vuestra pesarosa frente, al contacto de las punzantes espinas de la corona que os impusieron.

Esa es la voz de la juventud costarricense.

Ella os saluda filialmente.

M. M. ZÚÑIGA P.
Presidente.

ALFREDO SÁNCHEZ M.
Secretario.

Thomas...

(Viene de la página 248).

Y nunca mejor que este instante—cuando recorre el mundo mejorando el presente y el porvenir de los trabajadores—luce en sus manos viriles la antorcha de Jaurés.

Quiera el grande amigo recibir con estas líneas mi saludo de bienvenida y la reiteración entusiasta de mi amistad.

ALBERTO INSÚA.

(La Voz, Madrid).

NOTA:—De Albert Thomas iremos traduciendo para nuestros niños los artículos principales de la «Historia Anecdótica del Trabajo». *(Histoire Anecdotique du Travail).*

En el Prefacio de este precioso librito dice Thomas:

«Hemos pensado que en una forma histórica, concreta, era posible ofrecer al espíritu de los niños un cuadro condensado de la historia de los trabajadores y con ello, prepararlos para el examen serio, e imparcial, del conjunto de problemas que la vida actual no deja de presentarles».

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior) ...	$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.